

Crónica de un primer viaje en cuatro actos

La mañana del 11 de junio de 2009 fue la última en la larguísima cuenta regresiva para salir a nuestras primeras vacaciones laborales. Yo tenía 25 años y Lina 23. Habíamos trabajado sin pausa los dos primeros años de nuestra historia como empleados: las ganas de alejarnos por un tiempo de la oficina eran tantas que de no haber llegado el día la ciencia habría bautizado con nuestros nombres una nueva enfermedad laboral.

Elegimos Argentina como destino y los Andes suramericanos como ruta. Compramos un tiquete de avión para regresar 31 días después vía Buenos Aires-Lima-Cali y dos mochilas en las que pudiéramos cargar, cada uno, 17 kilos de nuestra vida. Visto ahora, desde la experiencia ejercitada por los kilómetros, aquella vez llevamos más de lo que necesitábamos: dos mochilas llenas a reventar de muchísima ropa. El plan era que las prendas limpias alcanzaran todo el viaje para no desperdiciar tiempo lavando. Las maletas eran pesadas como dos costales de papas con tiras para cargar en la espalda. Una cámara compacta prestada por una compañera de Lina y un iPod cada uno, fueron los otros imprescindibles.

Nos impusimos el reto de serpentear en una carrera contrarreloj, en transporte público y a dedo, las carreteras de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina, para volar de regreso a la oficina el día 32. Lo que ocurriría en el transcurso no había forma de imaginarlo. Eran las vacaciones que ningún conocido nuestro había tomado: distintas, sin todo incluido, con nada planeado. Sin un guía que nos levantara cada mañana con un itinerario ni un tour pagado a ningún lado. Unas vacaciones con mucho sándwich en andenes y ningún restaurante lujoso.

No había tiempo que perder. El día de la partida nos dimos el beso de cada despedida mañanera con las mochilas nuevas a cuestas, la de Lina azul y la mía roja. Ella llegó a su planta de lácteos y yo a mi sala de redacción con un caparazón que contenía las que serían nuestras únicas posesiones durante un mes. 17 kilos que hacen doler la espalda solo de recordarlos.



Eran las vacaciones de dos años juntas, a las que se les sumaban días compensatorios que la ley laboral colombiana otorga por trabajar los domingos. Un ahorro de días que depositábamos en un calendario viajero imaginario con la constancia del tacaño que guarda y guarda sin contarle a nadie.

La jornada laboral, cómo no, habrá transcurrido como el viaje de quien ha llenado su vejiga y piensa en un baño que está muy lejos; o el hambriento al que le retrasan la comida que lleva horas saboreando en sus recuerdos y que huele tan rico desde la esquina del restaurante. A mí ese día me olía a libertad. La oscuridad de la noche nos unió en la terminal de buses de Cali y 24 horas después descansábamos en una cama en Quito.

Como un viaje es, de alguna manera, una representación de la vida misma, una pieza teatral que se ejecuta en la realidad con sus subidas y bajadas, alegrías y tristezas, metas, obstáculos y puntos de giro, voy a tratar de describir nuestro primer viaje como una obra. Una que puede dividirse en cuatro grandes momentos, o escenas, que en alguna medida explican cómo seis años después renunciamos a los mismos empleos para dedicar todos nuestros esfuerzos vitales en materializar el sueño de vivir para los viajes, por los viajes y de los viajes.

I Acto: Ecuador

Cuando el telón se abre para darle paso al primer acto, es decir, el primer país al que llegamos un día después de iniciado este periplo, sentimos que el recorrido que tenemos por delante supera el nivel de experiencia de los veintipico de años que hemos vivido tirando de las faldas de mamá. Pero, ya dado el primer paso, solo basta poner un pie delante del otro, luego el otro delante del anterior y así sucesivamente hasta que se la obra llegue a su clímax, caiga el telón, se enciendan las luces y se escuchen los aplausos en Buenos Aires.

Luego de visitar el cementerio de Tulcán, famoso por sus cipreses esculpidos con formas de todo tipo a fuerza de tijeras de jardinero, llegamos a la capital de Ecuador a casa de Ignacio Muñoz, el amigo ecuatoriano que tres años atrás alojé en casa de mi mamá, y quien será el personaje extra que nos acompañe casi en todos los cambios de escenografía de este primer acto.



Nacho está puesto en las tablas por el director de esta obra como la introducción a la hospitalidad suramericana que se repetirá hasta el último día. Saca tiempo de su trabajo como editor de documentales para llevarnos a conocer la ciudad. Vamos al cerro del Panesillo a ver Quito con los ojos de la virgen, caminamos bajo la lluvia en el centro histórico, escalamos hasta el punto más alto de la Basílica del Voto Nacional y compartimos comidas y charlas con su familia, quienes a simple vista le legaron su amabilidad desbordada.

Aprovechando el insondable mal de amores que está matando a Nacho por estos días, lo embarcamos como compañero del recorrido de once horas en bus que separa a Quito de la costa ecuatoriana, en la provincia de Manabí. Nos vamos los tres en busca de una de las farras playeras más famosas del sur del continente: el telón colgante del fondo de escenario cambia de Quito a la súper fiestera Montañita, conocida en el circuito mochilero mundial por su rumba interminable. El guion que repite nuestro anfitrión solo menciona a La Vero, el personaje femenino que lo hace sufrir y que nunca llegamos a conocer. La barra abierta de Montañita nos sirve un coctel de mar, fiesta y despecho ajeno. En este acto el sol quema hasta el aire. Antes de que caiga el telón, Lina expone sus piernas a la canícula ardiente hasta que le salen ampollas en la piel que se le pegan al pantalón cuando camina. El serrano vuelve a Quito y los viajeros siguen rumbo al sur con la enorme carga azul y roja a sus espaldas.

Acto II: Perú

El telón se abre para el acto más largo de la obra y un nuevo sello se estampa en los pasaportes de los inexpertos mochileros de veintipico.

Si estuviésemos interpretando un guion escrito por el destino, las escenas de este acto estarían escritas más o menos así: Ellos en las calles de Cuzco con un litro de cerveza Cusqueña cada uno viendo el desfile del Inti Raymi, la ceremonia Inca en honor al sol. Ellos posando para una foto cargando una ovejita para después ser perseguidos por una cholita que no para de repetir “one picture one money, one picture one money”. Ellos en Trujillo hospedados en la habitación de la casa de una viejecita, con agujeros en las paredes tapados con afiches mitad porno-



eróticos mitad conejitos y perritos tiernos. Ellos saliendo de esa casa abrigados hasta el cuello para llegar a una playa helada en Huanchaco. Ellos programando la cámara que les prestaron para que les tomara una foto caminando por las vías del tren que lleva a Machu Picchu. Ellos en Machu Picchu. En el lago Titicaca. En el Museo de la Inquisición en Lima. Ellos caminando con sus nuevos amigos en la capital, entrando a cada tienda a comprar un postre más rico que el anterior. Ellos regateando aquí y allá.

Pero no basta. Podría el público empalagarse de tantas sonrisas siempre tan abiertas que les parten las caras en dos a los protagonistas. Entonces, frente a su máquina, el escritor decidirá teclear dos giros dramáticos que pondrán a prueba a sus actores y mantendrán al borde de la silla a los espectadores.

De los afanes no queda sino el cansancio, me ha repetido mi abuela Teresa desde niño. Avanzamos con el afán de llegar al aeropuerto de Ezeiza, en Buenos Aires, el día 31 para abordar un vuelo de regreso a casa. Obligados a acortar cada día más la distancia con el destino final, hacemos viajes largos que ignoran en el camino sitios, paisajes y culturas de nuestro interés. Hoy, visto a través de la lente escrutadora del tiempo transcurrido y por increíble que nos parezca, el reto era conocer algunas cosas, las que alcanzaran, antes de llegar a trabajar.

El primero de esos momentos de tensión ocurre en el viaje de 22 horas que cubre la ruta Lima-Cuzco. Faltan pocos kilómetros para arribar a destino luego de una travesía que cambia de paisajes cada que volvemos del sueño profundo frente al vidrio panorámico del segundo piso del bus. De desiertos a sierras a picos nevados a costas con olas furiosas. De día a noche. De calor a frío.

Los viajeros, cansados de la maratónica sentada, ven como sus sillas se reclinan cada vez más. Y luego más. Y más. Hasta que en una curva ¡Crash!, la base de los asientos se rompe y los protagonistas de esta obra caen al vacío que dejan las escaleras para ir a la planta baja. Como si el carrito de la montaña rusa se quedara sin rieles en plena subida y cayéramos de espaldas. Confusión. Gritos. Ayúdenlos, deténgase, dice una de las extras peruanas sin que nadie haga caso. A uno de los dos se le ve salir entre las sillas rotas que les cayeron encima, la otra está inconsciente por un golpe en el occipital. El bus sigue su camino como si nada,

tronando cumbia a todo volumen. Solo se detiene una hora después en la terminal de buses.

Las escenas siguientes cambian rápido de telón de fondo y de personajes. En el garaje de los buses se nos ve reclamando al chofer por atención médica con el seguro del vehículo y una noche de hospedaje. El hombre se niega. Una oficina de la policía nos recibe con una denuncia ante un sargento regordete. La oficina es tan sucia como el baño de una cantina a las cuatro de la mañana. Las paredes están salpicadas como si por la oficina se hubiera metido una avalancha de lodo. Delante del policía hay un escritorio pequeño y una sola silla. Afuera locales y extranjeros se agolpan para conseguir un tiquete. El policía obliga al chofer diciéndole que “aquí vivimos del turismo y no queremos que ellos vayan a hablar mal de Cuzco. Así que los lleva al hospital y les paga hotel”. En el hospital más cercano una doctora dice que perder la consciencia por un golpe es delicado, y que hay que dejar a Lina en observación toda la noche. Y ella que no, que ya me siento mejor, que necesito es descansar. Un hotelucho de mala muerte detrás de la terminal de buses, donde conductores terminan su día y prostitutas empiezan su noche, es la oferta del hombre del bus. Y nosotros que claro que no, que cómo se le ocurre que vamos a salir de un accidente y de un hospital para venir a dormir aquí. Que a nosotros nos lleva a un lugar limpio y decente. Y así fue. Las luces se apagan con los protagonistas haciendo un inventario de magulladuras para irse a descansar felices, a pesar de todo, por estar bien y haber interpretado al pie de la letra el papel de quien exige sus derechos y obtiene justicia en tierras ajenas.

Superado el accidente y alcanzado Machu Picchu a pie, porque el tren vale cien dólares por cabeza y no alcanza para tanto, el viaje encuentra otro pantano difícil de superar.

La extraña quietud nos despierta. Sentimos que hace rato que el bus que nos lleva a Puno no avanza y abrimos los ojos tratando de ubicarnos o, por lo menos, entender qué está pasando. Intento vano. Estamos estacionados junto a un nevado y la ventana está cubierta por una gruesa capa de hielo. La cumbia no para de sonar. Ya abajo del automotor lleno de cholitas, indígenas y uno que otro extranjero, atestiguamos lo que temíamos desde que compramos el pasaje del



bus en la terminal de Cuzco, junto a la oficina sucia del sargento regordete. El paro campesino, que esa semana ha bloqueado las principales vías del país, se reactivó y estamos en un punto de no retorno. No hay forma posible de avanzar ni de retroceder. Quedarse varado en medio de la nada con un frío que hiela hasta el alma y sin más posibilidades que una negociación entre el gobierno y los campesinos, es una muy mala noticia en medio de una carrera contrarreloj por los Andes suramericanos.

Piedras pequeñas, grandes y enormes, esparcidas por la carretera, dibujan un panorama de guerra y dan cuenta de que los campesinos indígenas no se andan con aguas tibias. Los postes de la luz fueron derribados y atravesados en la carretera y personas de todas las edades vestidas con atuendos evidentemente rurales agitan hondas cargadas ante la presencia de cualquier extraño.

Todo el Perú está en llamas por cuenta del paro. Las víctimas se cuentan por decenas en el territorio nacional y el gobierno no está dispuesto a ceder luego de que un policía fue decapitado y su cabeza puesta en una estaca en Iquitos, plena selva amazónica.

Hay que resolver algo urgente antes de que el frío de la noche congele las ideas. Y claro, siendo esta la obra de los colombianos de veintipico, aprendices de mochilero, ellos son los llamados a vestirse de negociadores y buscar una salida.

Con las manos arriba, siempre visibles, y sin la mochila en la espalda, me acerco al líder de la protesta, un viejo de facciones colmadas de arrugas vestido con una camiseta que oculta bajo la suciedad de días lo que quedaba de su blancura, pantalón gris y chanclas negras. Trato de explicarle lo que no va a entender. Que somos viajeros, que queremos llegar a Puno y luego a Bolivia, que somos varios, que nos tenemos que ir, que nos ayude. Pero nada. Como si su iracundo razonamiento hablara por él, solo atina a decir que “todo esto es por culpa de ustedes los gringos, que vinieron al Perú con su minería y se quieren quedar con todo”. Nosotros los gringos, hágame el favor.

La única alternativa posible es caminar hasta el otro lado del bloqueo y buscar alguien que quiera regresar a Puno con nosotros abordo. Contamos nuestro plan a otros viajeros y arrancamos a caminar por la zona de batalla ro-

deada de paisajes verdes con montañas nevadas y cielos límpidos. Ni a pie nos quieren dejar pasar los enfurecidos manifestantes; pero unas cuantas monedas para “apoyar su causa” son suficientes para ablandar su coraza.

“Que hablen los colombianos, que hablen ellos”, dice siempre el grupo de caminantes conformado por una española, un alemán, dos ingleses, una estadounidense, tres argentinos y un peruano. Negociamos una combi por un precio hasta Puno y en el camino pagamos un poco más hasta Yunguyo, frontera con Bolivia. La oscuridad enciende hogueras en la protesta que se extiende por todo el camino. Piedras se estrellan contra las latas del carro. Intentos de robo se frustran con otras monedas y algún billete para la causa salido de los bolsillos de los ingleses asustados -robo, al fin y al cabo-.

La escena final de este truculento acto termina con los viajeros corriendo de frontera a frontera con sus mochilas azul y roja, para alcanzar a entrar a Bolivia y no quedarse en el limbo que representa una frontera cerrada. El telón se cierra con las respiraciones aún agitadas.

Este texto hace parte del primer capítulo del Libro “Renunciar y Viajar El trabajo donde brilla el sol”. Si desea adquirir la versión completa ingresa a www.renunciamosyviajamos.com